

LA VIDA ESPIRITUAL EN LOS ESCRITOS DE SANTO TOMAS DE VILLANUEVA

P. Gilberto Gutiérrez O. S. A.

Uno de los hombres más eminentes que produjo la España del siglo XVI es, sin duda, el insigne Arzobispo y generoso limosnero Santo Tomás de Villanueva.

Figura señera y destacada, brilla con luz propia y resplandece como estrella de primera magnitud en el firmamento de la Iglesia española de su tiempo, en el que tantos astros refulgentes resplandecieron.

Su rica y polifacética personalidad ofrece al estudioso múltiples y variados aspectos, a cual más interesantes. Se le puede considerar como sabio profesor y catedrático, como elocuente orador y predicador evangélico, como sagaz e ingenioso intérprete de la Sagrada Escritura, como seguro y acertado moralista, como prudente y discreto hombre de gobierno, como celoso pastor y experto guía de almas, como inteligente y experimentado maestro de espiritualidad.

Aquí vamos a fijarnos en el último aspecto. Nuestro Santo no escribió, ciertamente, ningún tratado especial acerca de espiritualidad, si se exceptúa un pequeño opúsculo titulado: «Modo breve de servir a Nuestro Señor en diez reglas»; mas, en sus obras, y especialmente en sus hermosas «Conciones», se hallan expuestos y estudiados con singular competencia y maestría todos los puntos de la vida espiritual, tanto los que se refieren a la parte negativa como a la positiva, desde el grado inicial o incipiente con que la vive el simple fiel cristiano, hasta los más elevados grados que se admiran en las almas que han escalado las altas cumbres de la perfección; y en

VIDA ESPIRITUAL EN LOS ESCRITOS DE STO. TOMAS DE V.

tal forma, que da motivos fundados para creer que el Santo estaba bien impuesto en estas materias.

Esto quisiéramos demostrar con el modesto trabajo que hoy emprendemos, deseando que, al finalizarlo, su lectura haya engendrado en los ánimos la firme convicción de que, efectivamente, el ilustre arzobispo de Valencia tiene sobrados motivos para ostentar el título de «maestro de espiritualidad», cabiéndole por otra parte el honor de ser —en cuanto al tiempo— uno de los primeros escritores de la gloriosa escuela ascético-mística española del siglo de oro.

Y comenzamos por ofrecer una idea general, una vista de conjunto acerca del tema que nos ocupa.

ITINERARIO DE LA VIDA ESPIRITUAL

De varios modos concibe Santo Tomás de Villanueva la obra del perfeccionamiento del alma.

I. COMO UNA REFORMA

En un primer momento habla de *renovación*, de una *reforma*; algo como un retorno a aquel estado primitivo en que fuera el hombre creado por Dios y en el que, reinando el más perfecto orden, concierto y armonía en todo su ser, era un reflejo, un trasunto y viva imagen de su Hacedor.

Para comprender esa obra, dice el Santo, es preciso notar que el hombre puede ser considerado de tres modos, a saber: en *sí mismo*, en orden *al prójimo* y con relación *a Dios*; por eso mismo necesita de una *triple reforma* u *ordenación*, es decir: en cuanto a *sí*, que sea *sobrio*; en cuanto al *prójimo*, que sea *justo*; en cuanto a Dios, que sea *piadoso*. Esto es lo que predica el Apóstol cuando dice: «Apareció la gracia de Dios Salvador nuestro a todos los hombres, enseñándonos que renunciemos a la impiedad y a las pasiones mundanas y vivamos sobria, justa y piadosamente en este siglo» (II Tit., 11,12): «sobriamente», con relación a nosotros; «justamente», con relación al prójimo; «piadosamente», con relación a Dios.

La *reforma* del hombre en *sí mismo*, prosigue el Santo, consiste

P. GILBERTO GUTIERREZ

en tres cosas: en volver a tener *la razón esclarecida, la voluntad bien inclinada y la sensualidad sometida*, de manera que la razón guíe, la voluntad mande y la sensibilidad obedezca sin resistencia ni oposición, y reine en todo su ser el orden y armonía, como un reloj bien concertado.

La *reforma* respecto del *prójimo* consiste en observar para con él la perfecta e íntegra *justicia* en los cinco puntos siguientes: en la *distribución de los bienes materiales*, en la *comunicación de las gracias*, en la *tolerancia de las molestias*, en el *pago de las deudas*, y en la *inocencia de las obras*.

Y la *reforma* para *con Dios* en la práctica de tres virtudes: la *fe*, la *obediencia* y el *culto* o *latría*; porque el hombre debe a Dios fe, obediencia y gratitud: fe a sus palabras, obediencia a sus preceptos, gratitud a sus beneficios; tres cosas que hacen piadoso a un hombre.

El que se halle así *reformado* en orden a *sí mismo*, en orden *al prójimo* y en orden *a Dios*, siendo *sobrio, justo y piadoso*, ese, concluye el Santo, es un *hombre perfecto*, un hombre según los designios de Dios (1).

También se trata de *quién* es el llamado a realizar esta renovación en el hombre —que no es otro que el Verbo encarnado, por medio de su divino Espíritu— y del *modo* de llevarla a cabo (2); mas este punto lo desarrollaremos con detalle en artículo aparte.

II. LA PERFECCION COMO ASCENSION ESPIRITUAL

Otro modo de concebir la obra de la perfección es como una *ascensión espiritual*, que se verifica subiendo por una *escala* compuesta de numerosos *peldaños o grados*, que son las ocho *bienaventuranzas*, predicadas por el divino Maestro.

(1) *Conc.* I in Dom. 4 p. Pasch., n. 3 ss., vol. II, pág. 359 ss., edic. Manila, 1881.

(2) *Conc.* VII in Dom. I Adv., n. 5-6, vol. I, pág. 46 y *Conc.* II in F. Pent. n. 9 s., vol. III, pág. 18 ss.

VIDA ESPIRITUAL EN LOS ESCRITOS DE STO. TOMAS DE V.

Después de haberlas explicado minuciosamente, dice:

«Hemos recorrido uno por uno cada uno de los *grados* de la *escala*; si os parece bien, construyamos ahora ésta, juntando y ordenando los grados, pues existe entre ellos un orden singular. Por eso, el que haya de subirlos, vea de hacerlo poco a poco y sin apresurarse, ni pasar ninguno por alto, no sea que retroceda y caiga, como le ocurriría al que, sin haber llorado sus pecados y haberse purificado de sus manchas, aspirase al trato íntimo y a la unión con Dios».

«Por consiguiente, el que quiera *subir a la perfección*, procure, ante todo, *descargarse* del peso de las cosas terrenas, dejándolas todas, para quedar libre de los cuidados de esta vida y poder vacar a Dios: esto se realiza con la *pobreza*; pues está escrito: «no podéis servir a Dios y a las riquezas».

«Mas, una vez que está expedito por haber arrojado la carga de la codicia, *prepare* su alma para la tentación y sepa que desde el principio ha de presentarle el demonio duras batallas para hacerle desistir. Esta preparación es la *paciencia* y la *mansedumbre*, con las que resiste varonilmente al enemigo y persevera firme en el camino comenzado, sin mirar atrás».

«Pero, como, al decir del Gran P. San Agustín (Serm. 351, n. 2), nadie, aunque sea dueño de su voluntad, puede comenzar una vida nueva, sin haber hecho penitencia de la pasada, es muy bueno al principio *llorar* los pecados cometidos y *repasar los años anteriores en la amargura de su alma* (Is. 38,15). He ahí el *tercer grado*».

«Ahora bien, lavados los pecados con el río de las lágrimas, y purgados los malos humores del interior del alma, al instante comienza ésta a tener *hambre y sed de justicia*; pues, si descargamos a la pobre alma de la podredumbre de las cosas terrenas, ella misma suspirará en seguida por su fin, para el cual fue creada. ¿Qué hay, en efecto, de común entre el alma y el oro? ¿qué entre un espíritu angélico y el ledo y la sensualidad?».

«Mas, ¿qué aprovecha tener hambre de justicia y no practicarla, desearla y no realizarla? Por eso, *bienaventurados los misericordiosos, porque cumplen con la obra* la justicia que desean con el corazón, haciendo bien a muchos, según sus posibilidades».

«Al que llegó ya a este grado, al que está *expedito* de todas las cosas por la *pobreza*, y *firmo* en el servicio de Dios por

la mansedumbre, y puro de los pecados por el llanto, y justo por el deseo, y valiente por la obra, ¿qué le queda por hacer? *Limpiar el corazón de todo afecto temporal*, aunque lícito, y tener los ojos del alma limpiísimos y libres de toda hez para la contemplación de Dios: ¡dichoso el que así lo hiciere!»

«Purificado el corazón, de esta pureza nace en el alma una paz inmensa, que supera todo entendimiento (Phil. 4,7), y una gran tranquilidad, que en los santos es cierta incoacción de la futura bienaventuranza; y así se hace el hombre de Dios perfecto y consumado, cuanto puede perfeccionarse en esta vida: a este tal nada en absoluto le falta para tocar las cumbres de la santidad» (3); asevera con firmeza el avisado maestro.

Y después de haber descrito la escala, esfuérzase el celoso predicador por animar al alma a subir por ella, poniéndole delante el ejemplo de tantos santos de toda edad, estado y condición que la subieron, y fustiga a los flojos y cobardes que, por dejarse llevar de la pusilanimidad —enemigo declarado de la perfección— se privan de una grande gloria que, indudablemente conseguirían, si se apoyasen en el poder omnipotente de la ayuda divina.

He aquí sus palabras:

«Habéis visto, hermanos, la escala, habéis observado la subida del reino de los cielos: por ésta han ascendido todos los santos al reino de la bienaventuranza; seguidlos, que ancho y llano es el camino. Y puesto que muchos han subido por él, ¿por qué estáis vosotros parados? ¿por qué teméis? Por éste han subido niños y doncellas y ancianos y casados y débiles mujeres y personas de toda clase y condición; ¿y vosotros, tenéis miedo? ¡Oh detestable pusilanimidad, que os aparta de tan gran bien! ¡Oh temor nocturno (Ps. 9, 5), que os impide la subida al reino de los cielos! Tentad y probad y veréis cómo verdaderamente es suave el yugo del Señor (Mt. XI, 30) y fácil la subida al cielo. Hacer por experimentar en vosotros la ayuda de Dios, que os elevará con suma facilidad a lo alto; pues estos santos hombres eran de carne y hueso como nosotros y, sin embargo, no sólo «subieron», sino que «volaron», como dice el Profeta. ¿Quiénes son éstos, pregunta Isaías (60,8),

(3) *Conc. III* in Fest. Omn. SS., n. 9-10, V, pág. 379 ss.

VIDA ESPIRITUAL EN LOS ESCRITOS DE STO. TOMAS DE V.

que vuelan como nubes, y como palomas a sus nidos? Son «nubes», son «palomas» que vuelan a aquellas moradas para las que fueron creados».

«Por eso, viéndose el Salmista como libre de la pusilanimidad, gloriase de ello, diciendo: «Entonaré un himno a Aquél que me libró de la pusilanimidad de espíritu y de la tempestad» (Ps. 54,9). Por causa de esa pusilanimidad, en efecto, han perdido muchos una grande gloria, porque no quisieron experimentar en sí mismo cuánto puede en el hombre la gracia divina, ni se han atrevido a intentar esta subida, aterrados por un miserable temor; si lo hubiesen probado, seguramente hubieran visto que no es austero ni difícil, sino *suave el Señor* (Ps. 33,9)» (4).

III. LAS TRES ETAPAS CLASICAS

En otro lugar de sus obras nos presenta Santo Tomás esta *subida* de la perfección según las *tres clásicas vías o etapas: purgativa, iluminativa y unitiva*, distinguiendo dos subidas, una *ascética* o activa y otra *mística* o pasiva.

Y lo hace, según su costumbre, exponiendo algún lugar de la Sagrada Escritura; en este caso aquél de los Cantares donde dice: *¿Quién es ésta que sube del desierto...?* (Cant. 3,6; 6,10; 8,5) y que el Santo aplica en sus tres formas a cada una de las etapas de la vida espiritual.

Para ello comienza recordando lo que también se lee en los libros Santos: que Salomón se hizo un *reclinatorio o lecho de oro* y que para subir a él colocó *seis escalones* (III Reg., 10,19) o gradas. Ese reclinatorio o lecho de oro significa, según el Santo, la contemplación o descanso del alma en Dios; mas para subir a él, es preciso recorrer las seis gradas o escalones, *tres* de las cuales pertenecen al alma *proficiente* y las otras *tres* a la *perfecta*.

«El *primer grado*, dice, por el cual se sube del desierto inculto y árido de los pecados, es el *grado purgativo*; el *segundo* el *iluminativo* y el *tercero* el *perfecto o unitivo*».

«En efecto, el que desee subir de la fosa de los pecados

(4) *Conc* III in Fest. Omn. SS., n. 9-10, V, pág. 379 ss.

hasta el lecho de oro de Salomón, debe lo primero *purgar* cuidadosamente su ánimo y apetito de *los pecados* y de las *pasiones que proceden de los pecados*, y de las manchas de los *vicios*, y ocuparse en este ejercicio asidua y diligentemente; porque no sembramos la tierra sin antes haberla limpiado de las espinas y zarzas que ahogarían la simiente y no la dejarían nacer; por eso dice el Profeta: *Preparad vuestro barbecho, y no sembréis sobre espinas* (Jer. 4,3).

«Del alma que se fatiga y trabaja en este ejercicio se dice: *¿Quién es ésta que sube del desierto como una columnita de humo...* (Cant. 3,6). Cuando se echa al fuego una materia espesa y viscosa, despidе humo; del mismo modo, cuando los pecados son quemados con el fuego de la contrición, causan humo en el hervor de nuestro pecho (5), pero es un humo oloroso y suave que, además, sube al cielo como una columnita recta y embriaga a los ángeles con su fragancia, según dice el Evangelio que acaece en la conversión de un pecador (Lc., 15,7). El alma entonces echa humo, pero todavía no despide la llama de *luz* a causa de la viscosidad de los vicios; mas, después que durante largo tiempo haya sido quemado todo aquel combustible de los pecados, cesa el humo y comienza a aparecer *la luz*».

«A esta alma le decimos ya: *¿Quién es ésta que avanza como la aurora?* (Cant., 6,10). Porque está en el *segundo grado*, a saber, en el de la *iluminación*; pues, el alma, una vez *purificada* de las manchas de los pecados, comienza poco a poco a temer».

«Por último, una vez quitadas de en medio las cataratas de los ojos que la ofuscaban, y yendo, como va, *progresando* en la luz de la verdad, es comparada a *la aurora, que nace siempre en la luz* y va creciendo hasta que aparece el sol, esto es, hasta que se tiene clara noticia de la verdad. En este grado, según hemos dicho, se ve ya la fealdad de la vida pasada, y comienza a aparecer también a la vista de la hermosura de la vida, la cual, conocida y contemplada a *plena luz*, atrae hacia sí *el afecto* mucho más que antes movía el hediondo placer. A medida que calienta *la luz*, es arrojado aquel frío del cora-

(5) Años más tarde también hablará S. Juan de la Cruz del *humo* que despide el alma que necesita purificarse de sus pecados, simbolizada en el *leño verde*.

zón, y se deshace el hielo del alma, y se excita el afecto hacia el verdadero bien para abrazarlo».

«A esta alma le decimos: *¿Quién es ésta que sube del desierto, rebosando en delicias, apoyada en su Amado?* (Cant., 8,5). Porque ya *se complace* en el bien que antes ni siquiera podía *rastrear*, y es impulsada hacia él no tanto por la razón, cuanto por *el espíritu y el afecto*. Este grado de perfección es el que pedía el Profeta al decir: *Haz, Señor, que sea agradable lo voluntario de mi boca* (Ps. 118,108), esto es, haz que agrade al paladar del alma lo que dicta la recta razón, y que aplauda el afecto lo que apruebo con la mente. Me diste el sentir rectamente, dame el buen afecto hacia aquello que conozco ser recto; pues *los que son movidos por el Espíritu de Dios, esos son hijos de Dios* (Rom., 8,14); mientras los que son gobernados por la razón, son hijos de los hombres. Por eso se dice muy bien «apoyada sobre su Amado», porque esta subida no es cosa de sentir delicias, ni obra de la razón o de la voluntad, sino de la gracia y del don divino».

«Mas, cualquiera que desee subir estos grados —vuelve a advertir el Santo— mire no corra demasiado aprisa y se exponga a caer más profundamente. Es preciso *subirlos todos por orden*; pues si quisieres alcanzar primero el *ardor* que la luz, o antes *la luz* que la *pureza*, trabajarás en vano; porque primero hay que *purificar* el ojo del alma para que vea la luz, y antes se infunde la *luz* que se enciende el *afecto*. *Purificado* el ojo, *se ve* a Dios, y, una vez visto, *se le ama*; por eso se dice: *Bienaventurados los de corazón limpio, porque ellos verán a Dios* (Mt., 5,8)».

«El primer grado pertenece al *apetito*, al cual se asigna el *llanto* y el *trabajo*; el segundo al *entendimiento*, en el cual se infunde la *luz*; el tercero al *afecto*, que se enciende con el *amor* del verdadero bien y se acrecienta con el *deseo*».

«Estos *grados* suben, pues, el alma, antes pecadora, ayudada de la divina gracia, desde el desierto inculto y árido de los vicios, hallando después de ellos otro desierto no parecido al primero, sino muy diverso, porque es un desierto rebosante en bienes y frutos y en el cual se encuentra la hermosura de todo verdor y amenidad».

«Este apacible desierto, en el que habita Dios a solas con el alma, no está en las codicias, ni en la ambición, ni en los cuidados e inquietudes, ni finalmente en el afecto de creatura alguna, sino, como dice la misma alma: «Mi Amado

para mí, y yo para él» (Cant. 2,16). Allí se encuentra un gran florecimiento de *virtudes y gracias*, porque por ese desierto no atraviesa bestia ninguna que pisotee su verdor y lozanía. ¡Oh soledad amena, hermosa, apacible, llena de frutos y reflejo del paraíso de Dios!»

«Esta es aquella soledad gratísima, a la que Dios conduce a su amada, para poseerla El solo; por eso dice: «Yo la amamantaré y la llevaré a la soledad, y le hablaré al corazón... y le daré el valle de Acor, para que entre en esperanza» (Os. 2,14). «La amamantaré —dice— y la llevaré a la soledad», porque si el alma no es abrevada con esa leche, no puede soportar esa soledad. Pues, ¿qué cosa hará a las almas perfectas amar esta soledad, si no es aquella inmensa e inexplicable dulzura de tu leche que sacas de tus pechos? ¡Oh Dios quita esta dulzura, y no habrá quien more en la soledad» (6).

He aquí la ascensión que pudiera llamarse «ascética» o activa, pues, como poco ha nos dijo el Santo, *puede el alma subir estos tres grados* «ayudada por la divina gracia». Ahora va a describirnos otra ascensión «mística» o pasiva, o mejor, otra etapa de la ascensión del alma hacia Dios, en la que no sube ella propiamente, sino que «es arrebatada» por el Espíritu Santo hasta el abrazo con su divino Esposo.

«Desde esta vasta soledad —prosigue el santo Arzobispo— en la que Dios habla al alma *purgada ya, iluminada y perfecta*, conocemos aún otras *tres ascensiones*, por las que *es arrebatada* maravillosamente el alma hasta *el lecho de oro*. La primera se realiza por cierta *ilustración* de la divina luz, que *arrebata el entendimiento* a las cosas de arriba y a un conocimiento revelador de inefables misterios, *de los que no es dado al hombre hablar* (II Cor. 12,4). De ésta podemos decir: *¿Quién es ésta que avanza como aurora que se levanta?* Pues se perfecciona con esa *ilustración*, y, llevándola Dios a un conocimiento y a una noticia más claros, va en aumento de *claridad en claridad por el Espíritu de Dios* (II Cor. 3,18): como la aurora debe crecer hasta que sea visto el mismo sol resplandeciente, si no en sí mismo, al menos en la nube de alguna imagen muy semejante. Tal fué el rapto de San Pablo (Ibid. 12,1 y ss.); tal el de San Agustín y Santa Mónica cuando trascendieron rápida-

(6) *Conc.* IX in Ass. B. M. V., n. 2-3, IV, pág. 496 ss.

mente todas las cosas creadas (Conf. X, 10,23); tal el de aquél que decía: Te conocía de oídas, más ahora te veo con mis propios ojos (Job. 42,5); y el del otro: He visto a Dios cara a cara, y mi vida ha quedado a salvo (Gen. 32,31)».

«La *segunda subida o raptó* del alma al reclinatorio es por el amor y el ardor, cuando hierve aquel inmenso incendio de caridad y enciende el pecho del hombre como un horno y abrasa todas sus entrañas. Inflámase ahora el espíritu con el beso del Amado, sin que el frágil vaso del corazón pueda soportar el calor; arde como un serafín la voluntad inflamada por el ardor celestial, y, herida por la caridad, grita: *Conjúroos, hijas de Jerusalén, que si topáreis a mi Amado, le comunicuéis que desfallezco de amor* (Cant. 5,8). Por eso dice el Profeta: *Envío fuego de arriba a mis huesos y me instruyó* (Trhen, 1,13); y en otro lugar: *Entonces sentí en mi corazón como un fuego abrasador, encerrado dentro de mis huesos, y desfallecí por no tener fuerzas para aguantarlo* (Jer. 20,9).

«Al alma que así arde, que así se abrasa, le decimos: *¿Quién es ésta que va subiendo por el desierto como columnita de humo, formada de toda clase de perfumes...?* (Cant. 3,6). Los perfumes son las virtudes que, a causa de aquel fuego divino encendido en el incensario del pecho, exhalan hacia el cielo un maravilloso aroma de fragancia y suavidad; pues el fervor del espíritu y el calor de la caridad convierten los perfumes de las virtudes en aroma, y los descomponen en un humo de suavísima fragancia».

«La *tercera subida o raptó* hacia Dios es, no por modo de luz, o por modo de amor o ardor, sino por modo de suavidad y de espiritual dulzura; pues el alma se ve penetrada y acometida por tan gran ímpetu del torrente de delicias, que, no pudiendo soportar el peso de la dulzura, sale fuera de sí misma. Por eso dice el Salmo: *Serán embriagados con la abundancia de tu casa, y les harás beber en el torrente de tus delicias* (Ps. 35,9); y otra vez: *¡Cuán grande es Señor, la abundancia de la dulzura que tienes reservada para los que te aman!* (Ps. 30,20); perfeccionaste a los que esperan en Ti, y sin duda te diste plenamente y te mostraste a los que te aman. A esta alma le decimos: *¿Quién es ésta que sube del desierto —es decir, de la soledad— rebotando en delicias?* (Cant. 8,5)».

«Todo esto, a saber, la luz, el amor y la delectación, son perfectas en la patria, y se encuentran unidas inseparablemente en cualquier bienaventurado; mas aquí no se otorgan en su plenitud, sino según la capacidad del vaso; pues, si soltate las aguas

(Job, 12,15), se trastornaría la tierra; y no se hallan juntas siempre en el mismo individuo, sino separadas y repartidas entre cada uno en la misma alma. Porque, aunque el amor supone el conocimiento, ya no tiende a lo desconocido, y el deleite supone el amor, que está en la voluntad, sin embargo, Dios, que es libre en sus obras, *arrebata* por completo ya a un alma ya a otra, según su agrado, y muchas veces inflama el afecto sin tocar el entendimiento, y otras regala al alma sin encender el afecto; y, lo que es aún más, a veces *arrebata* y excita fuertemente toda esta parte de la sensibilidad, sin tocar el ánimo. Y ésta es la maravillosa sabiduría y poder de Aquél que todo lo puede: Dichoso aquel varón que viere cumplidos sus deseos sobre ellos mismos; ciertamente no *quedará confundido cuando hablarle con sus enemigos en sus puertas* (Ps. 126,5)».

«Estas son *las gradas de marfil*, éstos *los escalones purpúreos*, por los que han de subir las hijas de Jerusalén al lecho dorado de Salomón, para descansar en él y recibir sus suavísimos ósculos y abrazos. *A éstas las introduce el mismo Salomón con su propia mano en la bodega de los vinos* (Cant. 2, 4), y *en sus brazos las sube por la escala purpúrea hasta sí mismo*; por eso dice bien: Apoyada sobre su Amado (Ibid. 8,5): *esto es subir no por nuestra propia industria, sino por la gracia*».

«Más elevada, ciertamente, hubiera hecho para nosotros la subida, pero el misericordiosísimo y compasivo Salomón, conociendo nuestra fragilidad y miseria, allanó esa subida en atención a las hijas de Jerusalén, tiernas y delicadas, para que pudiesen ascender por ella (Ibid. 3,10). *¿Quién es el sabio que estas cosas comprenda?* (Os. 14,10). Verdaderamente *dichoso el pueblo que sabe alegrarse* (Ps. 88,16). Y baste con lo dicho acerca de *la ascensión del alma proficiente y perfecta*», concluye el Santo (7).

Y baste con lo expuesto, decimos por nuestra parte, para hacerse una ligera idea acerca de cómo concebía Santo Tomás de Villanueva la vida espiritual.

(7) *Conc. IX* in *Ass. B. M. V.*, n. 4, IV, pág. 499.